



CONSULTORIO FEMENINO



Raúl, Buenos Aires.
—Procedamos primero á la auscultación; después pasaremos á la observación del pulso. Veamos: corazón, ¿eres tú quien *la* desea? Si tú *la* deseas es que yo *la* amo. Si no eres tú corazón, y es el instinto, es la medula quien *la* ama, es que yo *la* deseo. Si así es... ¡bah!

Secreta de San Bernardo, Buenos Aires.
—No, queridita, no son ésas precisamente, las aptitudes mejores para ser feliz en este sórdido mercado de judíos. Pero no te importe, procura encontrar quien te compre, y el mercado será lo de menos.

Amelia Gacitúa, Córdoba.—No es médico el señor por quien usted me pregunta. Es algo mejor que médico, es estanciero, y no obstante tiene mucho talento.

Una rosa blanca desconsolada, Buenos Aires.—¡Vaya por Dios con el desconsuelo de la rosa! Lo mejor es que lo olvide si no le basta con quererlo y pensar en él. No hay que pretender que todos los días se case un príncipe con una pastora.

Margarita Silvestre, Buenos Aires.—El agua esa que me cita es perjudicial. Para lo que me dice le conviene una que esté desprovista de albayaide, bromuro, plomo, cinc y bismuto. Si podrá saber lo que desea, pero cuando empiece usted por dar el ejemplo. Imaginación, idealidad, incoherencias volitivas, distinción de gustos, aptitud para el arte. No conozco esa poesía.

La Aldeana Tita.—El mismo que las plumas de las aves y las escamas de los peces. Cualquiera persona sincera que haya amado ó ame. La ausencia aumenta los afectos y apaga los deseos. La mujer siente más que comprende, pero el mal está en que siente demasiado, como los presos de largo tiempo que son hiperestésicos. No me parece buena esa pomada. Después de haber amado mucho, no se puede olvidar, pero se puede amar de nuevo un poco, y este poco vence á aquel mucho; en definitiva, recordar en amor, no es obstáculo para los caprichos del corazón. Todo dolor se puede ahogar en el corazón... y morir del corazón es como morir de cualquier otra cosa. El se domina á sí mismo. Nada. Que se vive bien. Que se vive mal. La vida es una quimérica realidad que hay que saberla vivir ó hay que saberla soñar. Los glaucos, los zarcos, los de fondo de mar. Su letra me dice que es la de una adorable preguntona. En lo de adorable hago resumen.

Le Comte Edgard de Grandmont, Buenos Aires.—Perdonad si os he dejado mal, no aspiraba sino á quedar yo bien. Si me vendéis y por tonto no queréis pasar, poned alto el precio. Saludos efusivos.

El Abate Ananías, Montevideo.—Si así es, ahí va mi mano, pues que tenéis para mí el más ilustre de los títulos.

Elisabeth, Córdoba.—No morirá usted; las coquetas no mueren. Pero siga siendo coqueta, no se dé por arrepentida. Él quedará vencido si realmente es usted una coqueta con fundamento.

Graciana, La Plata.—¿Que á casi todas digo que son imaginativas? Está claro que sólo las imaginativas son las que me escriben.

NOEMIA DE LJS.

tengo 30 años y no en vano; no van á gobernarne los bajos apetitos y á ellos no voy á sacrificar los puros y preciosos afectos de mi familia. Pero no. ¿Eres tú, corazón mío, quien *la* desea? ¡yo *la* amo, pues! ¡Ah, es pues que yo *la* necesito para mi vida, y aun más, para la vida de mis hijos, que el genio superior de mi raza quiere que yo los haya en *ella* y no en otra! Pero, corazón, tú eres á ratos ladino, y sabes implorar y gemir cuando en verdad te ríes, catequizado al influjo de la medula vil. Veamos, veamos. Ahora el dedo al pulso, á la sien, al lugar simbólico del sentido racional: ¿Quién es *ella*, qué es, por qué y para qué mi corazón *la* desea? Es buena y está buena, no es literata ni neurasténica, no sabe una palabra de las estupideces del amor teórico ni de las inmundicias del amor práctico, ni, en fin, de las vulgaridades del amor con adjetivos; si mis hijos se parecen á *ella* no serán feos, su apellido no manchará de infamia el mío; no es imbécil, ni más inteligente que yo; me gustan sus ojos y su mirar, su cuerpo y su andar; no sé si sus labios me dicen bien lo que siente, pero me regocija lo que me dicen sus ojos; me siento más chiquillo á su lado y más sesudo al propio tiempo de lo que soy en realidad. En mi hogar será *lo más necesario*, porque la mujer es el alma del hogar; tal sea la mujer, tal será el hogar; hogar sin mujer, cuerpo sin alma. En mi hogar será *lo más útil* que yo tenga, porque mi vestir, mi comer y mi reposar, será obra de *ella*. En mi hogar será *lo más agradable*, porque sus ojos, sus risas y sus manos lo inundarán con el prestigio de su belleza, y en todo *ella*, luz más alegre que la del sol, música más divina que la celestial y salud para reír y trabajar. En mi hogar será la madre de mis hijos, unos pequeños monigotes que se parecerán á *ella*, que se parecerán á mí y que me harán experimentar la sensación de haberme convertido en árbol y de haberme arraigado ya en la vida para toda la eternidad de la especie humana. ¡Caramba, caramba!... Cuando la cabeza habla así, me da en serio, medio en lírico, aun habiendo en serio, medio en lírico, es que esto es cosa hecha: es que *la* amo porque mi corazón *la* desea, y no hay más que hablar, no necesito para mi vida y para darles nacimiento á mis viejos, que por quererme demasiado me harían desgraciado con la principal de los dólares. Después de todo no me rebelo contra la mayoría, les doy gusto á los que me apoyan, no ofendo á los indiferentes, y los que se oponen serán los últimos en aplaudir, pero serán los que aplaudirán más fuerte cuando se den cuenta de mi acierto. Y si no aplauden, menos ruido de mejor siesta. ¡Ea, yo soy un hombre de carácter! Me caso con *ella* porque mi corazón y mi seso así lo quieren y no es cosa de indisponerme con semejantes huéspedes. Si así le dice el corazón, si así le dice la cabeza, que sea usted muy feliz, que tenga muchos hijos y que viva largos años.